

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón  
Milán, 17 febrero 2016**

*Texto de referencia: L. Giussani, «Los tres factores constitutivos»,  
en Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 108-162.*

- *Non son sincera*
- *My Father sings to me*

*Gloria*

Habíamos propuesto como texto de trabajo la primera parte del segundo capítulo de *Por qué la Iglesia*, en donde se abordan los factores constitutivos de ese fenómeno que se llama «Iglesia». Y este trabajo se nos propone –ha venido así, sin responder a ninguna estrategia– en un momento en el que estamos atravesando circunstancias, con todo lo que está sucediendo entre nosotros y que el Señor no nos ahorra, que podríamos ver solo como un caos, y que en cambio podemos percibir como una posibilidad, como ocasión para nuestra maduración. ¿De qué forma? Esto es lo que tenemos que comprender, porque nada de lo que sucede es mecánico. Me imagino que, en otro contexto, habríamos podido abordar este capítulo haciendo comentarios sobre el texto, sin dejarnos casi tocar. ¡No será así ahora! No puede ser así con todo lo que está sucediendo. Por eso es providencial que podamos vivir esta circunstancia como una oportunidad para ayudarnos a comprender lo que ya creíamos saber, es decir, la naturaleza de la Iglesia. El primer punto que destaca don Giussani es que cualquier observador que se encontrase en Jerusalén y que hubiese visto surgir el primer núcleo de la Iglesia, se habría topado con una comunidad sociológicamente identificable. «El hecho cristiano se presenta en la historia [...] al observador, ante todo como *comunidad*» (p.108). Podemos decir sintéticamente, con la imagen que todos tenemos en nuestros ojos: «Todos se reunían con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón» (Hch 5,12). Comenta don Giussani: el peregrino que había llegado a Jerusalén por la Pascua o por alguna otra fiesta, que al ir al templo durante algunos días seguidos se hubiese encontrado cada vez al mismo grupo de gente bajo aquel pórtico, ¿qué habría pensado? «El primer día habría seguido probablemente su camino sin curiosidad y quizá también el segundo, pero llegado un momento determinado le habría preguntado a alguien: “Pero, ¿quiénes son esos que veo siempre juntos ahí?”. Y le responderían: “Son los seguidores de Jesús”» (pp. 109-110). Esto es lo que nosotros tenemos que verificar. Imaginad que en estas últimas semanas un “peregrino” contemporáneo, que hubiese llegado a Italia quién sabe de dónde, se topase con nuestra “realidad comunitaria sociológicamente identificable” a través de los periódicos, de las webs, de los blogs, de las redes sociales, de nuestros grupos de Fraternidad, de las más variadas amistades. Si, siguiendo el ejemplo del peregrino antiguo, preguntase al observarnos: «¿Quiénes son estos de CL? ¿Quiénes son esos de ahí?». Más allá de la decisión de ir o no a Roma – que se había dejado a la decisión de los laicos, porque solo desde dentro de la experiencia de la libertad se puede conquistar la verdad–, al observarnos en acción, al

escucharnos hablar los unos de los otros, o los unos con los otros, o los unos contra los otros –porque ha habido de todo–, durante el viaje en el caso de los que han ido o en casa en el de los que se han quedado, pues bien, ¿qué habría descubierto sobre nosotros ese peregrino? ¿Qué habría entendido acerca de nosotros? ¿Qué es lo que más nos importa? Esto nos afecta a todos nosotros, porque todos formamos parte de esta realidad sociológicamente identificable: todos tenemos ante la vista cómo hemos estado. ¿Y qué respondería este «peregrino»? ¿Respondería lo que dice don Giussani en el texto de la Escuela de comunidad? Esto significa vivir la Escuela de comunidad no limitándonos a hacer comentarios sobre el texto, sino usándola como se nos propone, es decir, como criterio de juicio, como punto de comparación. ¿Qué hemos aprendido sobre lo que es la Iglesia o, mejor, sobre la autoconciencia que tenemos de la Iglesia y de nosotros mismos? Aquella primera comunidad tenía la conciencia de haber sido elegida por Dios. ¿Es esto lo que ha prevalecido en nosotros durante estas semanas? ¿Qué tipo de conciencia percibiría este «peregrino» si nos escuchase? No lo pregunto para comprobar si hemos estado a la altura, esto no es lo que importa ahora. El problema es qué tipo de conciencia tenemos. Porque podríamos decir: «Sé perfectamente que hemos sido elegidos por Dios», pero, ¿acaso prevalece esto en nuestra posición? Como podéis ver, no es suficiente con tener el texto de la Escuela de comunidad, en donde se expone toda la verdad sobre la Iglesia a través de la sana doctrina de don Giussani, para que esta conciencia prevalezca. «El primer núcleo de la Iglesia nos da testimonio de que “no solamente prosigue su obra [de Cristo], sino que lo continúa a Él mismo, en un sentido incomparablemente más real que aquel en que una institución humana continúa a su fundador”» (p. 108): si Cristo, después de haber iniciado la Iglesia, no sucede en nosotros en el presente, ¿qué es lo que aparece? ¿Qué somos? ¿Qué vivimos? En cambio, cuando acontece, ¿qué sucede?

*He estado en África para predicar los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de San José. Allí he conocido a una amiga nuestra que, cuando hace diez años decidió vivir su vida en la vocación a la virginidad, fue declarada muerta por su familia. Pero literalmente. Su madre y su hermana fueron al ayuntamiento, obtuvieron un certificado de defunción y se lo presentaron: «Estás muerta. Ya no existes para nosotros, para la tribu, para el país». Y esta amiga –no sé cómo puede ser, pero se ve que en África se puede seguir viviendo sin documentación– ha seguido viviendo durante diez años, trabajando y viviendo sola. Después de diez años, es decir, ahora, como todos sus hermanos se han ido de casa, se han casado y han dejado sola a la madre, esta ha pensado que quizá, en vez de estar sola, era mejor “resucitar” a la hija... Nosotros le tomábamos el pelo estos días diciéndole que no había habido muchos resucitados después de Lázaro. Lo que más me ha impresionado es que nos contó que ahora vive un momento de cierta gloria para ella, porque, al haber sido “resucitada”, han vuelto a su casa sus parientes, sus hermanos, y le han dicho: «No entendemos bien lo que ha pasado, porque para nosotros tú estabas muerta, te habías marchado de nuestra familia, ya no existías. Y sin embargo has seguido viviendo, y viviendo bien; has vencido porque has resistido frente a todo esto. Quiere decir que tienes una fuerza que no nos explicamos. Probablemente seas una bruja». Y entonces durante semanas la*

*miraban y la espían para ver qué extrañas magias realizaba para tener esta fuerza. Mientras nos contaba esto, yo me conmovía mirándola, porque pensaba: para hablar tú y yo necesitamos un traductor, porque tú hablas en francés y yo en italiano, somos lejanos uno del otro, distantes cultural y geográficamente, y sin embargo tú y yo somos una sola cosa, ¡mucho más de lo que puedas serlo con tu familia, con tu tradición! Y me acordaba del pasaje de la Escuela de comunidad en el que se dice que desaparece toda la distancia, que el pueblo de Dios nace de la conciencia de haber sido elegido y de que le ha sucedido algo. Esto lo he constatado en los Ejercicios: somos una sola cosa por la conciencia que tenemos, yo te comprendo mejor que tu madre y que tu hermana, y estamos juntos. Al volver a Italia me reuní por la noche con el grupo de la Escuela de comunidad, y allí surgieron todos los temas: Family Day no, Family Day sí (ya había pasado), he ido, no he ido, discusiones varias. Yo me acordaba de esta amiga y de lo que había visto allí, y por eso dije: «Podemos discutir todo lo que queráis sobre el Family Day, sobre todas las cuestiones, pero si antes no reconocemos que Aquel que ha sucedido nos ha puesto juntos... Podemos incluso para ponernos de acuerdo, pero lo que nos une está antes, ha estado antes, ha sucedido. Pidamos poder reconocerlo, porque si es así, podremos luego ser libres para tener una opinión distinta, para discutir en qué punto estamos, pero dentro de la alegría por el hecho de que Alguien nos ha puesto juntos. Si no es así, podremos incluso tratar de ponernos de acuerdo, tener la misma opinión, pero estaré más lejos de vosotros que de mi amiga africana.*

He aquí la cuestión: si este «antes», si esta pertenencia a Cristo que nos ha elegido prevalece o no prevalece. Si prevalece, podremos luego actuar —como tú dices—, cada uno según sus tiempos, según lo que consigue entender o ver. Pero, ¿prevalece? Me impresiona mucho esto, porque quiere decir que el problema fundamental no es, como a veces se discute entre nosotros, la contraposición entre un testimonio público y un testimonio privado. Creo que es una coartada para evitar entrar en el meollo de la verdadera cuestión: qué es lo que define el testimonio, es decir, cuál es el contenido de la conciencia que tenemos de nosotros mismos. El contenido de nuestro testimonio, ¿es tan poderoso como para vencer incluso sobre una familia y una sociedad que te declaran oficialmente muerta? Si Cristo no sucede tan poderosamente como en esa mujer, hasta el punto de poder vencer incluso cuando se pierde (en cierto modo) —porque el poder de Cristo presente y resucitado es más fuerte que cualquier otra circunstancia—, ¿cómo podremos vivir la fe y estar determinados por ella? Porque si el contenido de nuestra conciencia no es este, nosotros, individualmente o juntos, somos como todos. Por eso retomo algunas reflexiones de don Giussani sobre el intento del movimiento de responder al desafío del 68 con el gran éxito del Palalido: «El éxito de aquella reunión del Palalido, sin embargo, fue el origen de un equívoco [...], nos empeñábamos ciertamente en plantear lo específico del hecho cristiano, pero solo dentro de los límites de un horizonte previamente determinado por otros» (L. Giussani, *El movimiento de Comunión y Liberación (1954-1986)*, Encuentro, Madrid 1987, p. 133). Y este equívoco es lo más difícil de superar porque, como nos dijo en muchas ocasiones a lo largo de nuestra historia, «es como si el movimiento [...], desde los años 70 en adelante, hubiese trabajado, construido y luchado sobre los valores que Cristo ha traído, mientras que el

hecho de Cristo, para nosotros, para nuestras personas y para todos aquellos que han hecho CL con nosotros, “hubiese caminado por una vía paralela”» (L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008, p. 56). No estaba contraponiendo un yo privado a un nosotros visible, era un nosotros visiblemente observable, y él nos corregía en esto, en el contenido de nuestra autoconciencia, de lo que testimoniábamos. Por eso este capítulo de *Por qué la Iglesia*, precisamente en este momento, puede ayudarnos a recuperar una conciencia que no está suficientemente viva, para que no prevalezca la confusión que vemos. Porque cuando uno se topa con una realidad, aunque sea pequeña, que testimonia que Cristo está presente, sucede algo.

*Hace poco tiempo conocí a un homosexual, que tiene un amigo con el que convive de forma estable. Un día me hizo la siguiente propuesta: «Si dentro de algún tiempo no estás todavía casada, hacemos un niño y luego nos lo dejás a mi compañero y a mí». Me quedé boquiabierta, y lo único que conseguí decirle es: «Yo un hijo lo hago con mi marido, y desde luego no para venderlo. Imagínate que fueses tú ese niño: ¿te gustaría venir al mundo y que luego se deshicieran de ti?». Se quedó callado. Luego, a lo largo del día, pensando de nuevo en lo que había pasado, me puse a llorar, porque nunca me habían tratado así. Algún tiempo después volvimos a vernos y le dije que me había herido mucho lo que me había dicho aquel día, y que no se podía permitir tratar así a una persona. Entonces él trató de desdramatizar el asunto. Después de despedirme de él, tenía el deseo de compartir lo que me había pasado con mis amigas. Hablando con ellas me di cuenta de que todavía estaba triste; comprendía que no me bastaba esa última conversación que había mantenido con él, me faltaba algo todavía, me parecía que todavía no respiraba completamente. Después leí la Escuela de comunidad y tu artículo en el Corriere della Sera, y fue liberador. Comprendí que no se trata de un problema de familiaridad, es decir, no es que después de un cierto tiempo uno se pueda tomar la libertad de decir o pedir ciertas cosas, no es así. Después entendí que yo soy igual, idéntica a él, y que yo también puedo tratar las cosas y a las personas así. Pero lo que me ha salvado han sido los encuentros que he tenido en mi vida con personas que me han mirado por el infinito que soy y que han acogido mi identidad sin reducciones o chantajes, es más, que han amado mi vida por la exigencia que es, dejándola siempre abierta, y esto empieza por el abrazo de mis padres hasta llegar a los amigos del movimiento. Solo el acontecimiento de una diferencia humana que corresponde me ha salvado de mi mezquindad (que no es distinta de la de ese chico), devolviéndome continuamente un modo nuevo de mirarme, original y auténtico. Y no se trata de un problema de inteligencia, que me hace ser más capaz que él de comprender desde un punto de vista antropológico cómo se debe tratar a las personas, sino que es un problema de experiencia vivida y juzgada, es decir, está estrechamente vinculado al encuentro con los rostros que me han conquistado, que me han devuelto a mí misma haciendo que me sintiera preferida. Entonces entiendo el valor de la realidad como dato para poder hacer un camino hacia mi destino, y entiendo el valor de la Iglesia como comunidad de personas que han sido llamadas a estar juntas por Otro que hace las cosas, que nos hace cada día, que nos devuelve una y otra vez a nosotros mismos; porque si fuese solo por nosotros, por una capacidad o genialidad nuestra, nos*

*equivocaríamos constantemente, nos desilusionaríamos, nos reduciríamos mutuamente. Por eso me doy cuenta de que hoy soy más libre que antes, porque ya no tengo que defender una ideología o una antropología, sino que –cuestión de vida o muerte– lo único que tengo que defender es la posibilidad de mirar la realidad como la mira Cristo. Agradezco haber conocido a este chico que me ha permitido entender mejor esto. Luego con él está todo por vivir y descubrir.*

Gracias. Probablemente no has leído lo que don Giussani había intuido ya en 1968, pero también él reconoció como un signo de los tiempos que no era ya el discurso sobre la antropología o sobre la tradición lo que podía fundamentar el ser cristiano: «Ni la tradición, ni una teoría, ni una concepción, ni una demostración teórica; ni la filosofía cristiana, ni la teología cristiana, ni la concepción del universo que tiene el cristianismo pueden ser motivo para adherirse al cristianismo». Más aún: «No era por los debates que mantenía [Jesús], no era por las explicaciones que ofrecía, no era por las referencias que hacía al Antiguo Testamento; era [solamente] porque constituía una presencia cargada de mensaje» por lo que podía cambiar la vida. Y por ello don Giussani decía que «necesitamos revisar en su raíz todo el planteamiento [nuestro]» (A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, pp. 430-431); si no es así, no encontraremos una razón adecuada para vivir la fe. Después de escuchar tu intervención, me asombra leer de nuevo el texto que llevábamos para hoy: «Aquel incipiente grupo de personas se presentaba como quien, al gozar de la presencia viva de Cristo, proseguía casi fisiológicamente su realidad, y estaba unido a esa presencia viva con una implicación concreta, familiar y cotidiana: aquel naciente grupo llevaba dentro de sí la conciencia de prolongar, más aún [¡mirad qué expresión sintética más giussaniana!], de comunicar realizándola» (p. 113). ¿Lo veis? Se comunica el cristianismo realizándolo: un acontecimiento como es el cristianismo se comunica sucediendo. Solo por la diferencia de las personas con las que te has encontrado en tu vida has podido no sucumbir a la violencia con la que te ha tratado ese chico. No es – como muy bien dices – por una mayor inteligencia tuya. No: «Solo el acontecimiento de una diferencia humana que corresponde me ha salvado de mi mezquindad», y por eso – añades – «agradezco». Esto es lo que nos permite tomar conciencia de lo que nos ha sucedido verdaderamente.

*El asunto del Family Day me ha desconcertado bastante, pero ha sido una provocación muy útil. Yo no fui, me quedé cuidando a mis sobrinos, pero estaba allí con todo mi corazón. Al final de la última Escuela de comunidad me dije: la obediencia se convierte en trabajo. No había entendido tu posición. Me propuse pedirle al Señor que aclarase mi juicio. Y así ha sido. Hace algunas noches tuvimos una cena con las personas de la caritativa, un encuentro que hacemos de forma periódica para recordar el sentido de nuestra acción. Frente a los testimonios preciosos de mis amigas vi la caridad en acto y comprendí que lo esencial es el corazón cambiado de las personas, capaz de caridad infinita y de misericordia (no de pura generosidad), cambiado por la compañía de Cristo. La única forma posible de cambiar la sociedad es con Él. Vi en acto todo el carisma del movimiento que me había fascinado y que sigue fascinándome. Se me abrió el horizonte. Mi forma mezquina de pensar sin mirar la realidad me exige un gran*

*esfuerzo. Es totalmente cierto que solo en una experiencia tangible la verdad se hace carne, me libera y llena de alegría la vida. Te agradezco muchísimo tu testimonio obstinado de amor a Jesús y de fidelidad al carisma de don Giussani. Resiste, te lo ruego. Te necesitamos, te necesito.*

Un contenido de la autoconciencia que nace de una experiencia. ¿Qué nos ha definido en nuestra vida estas semanas? ¿Ha sido nuestro posicionamiento con respecto a lo que estaba en juego, o nuestra autoconciencia? Comparemos –lo digo para aprender, no para darnos caña, sino para aprender qué nos ha sucedido– lo que hemos vivido (con los demás y entre nosotros) y lo que dice la Escuela de comunidad: «Pablo se expresa así en su carta a los cristianos gálatas: “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”» (p. 115). Podemos llenarnos la boca hablando del «nosotros», de la comunidad, pero si cuando llega una circunstancia como la actual no prevalece esto... Las grandes divisiones históricas (judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer) no le impiden a san Pablo vivir la conciencia de que «somos uno en Cristo Jesús». Porque la pregunta que está saliendo a la luz es: ¿dónde se funda nuestra unidad? Nuestra unidad, ¿se funda en el hecho de ponernos de acuerdo sobre lo que hay que hacer o se funda en el hecho de ser «uno en Cristo Jesús» a causa del bautismo? Esta es la gran revolución cultural. Si no prevalece esta autoconciencia, estamos definidos por las etnias y no por la fe. Escuchad lo que me escribe uno de vosotros: «Querido Julián, desde hace ya algún tiempo no hago Escuela de comunidad con un grupo estable. Las Escuelas en las que participé en el pasado me parecía que trabajaban de forma teórica y demasiado centrada en el “discurso”; en definitiva, me parecía que perdía el tiempo. Desde entonces, he hecho Escuela de comunidad con algunos amigos que me ayudan más, pero con los que es difícil encontrarse de forma estable y hacer por ello un trabajo sistemático. Recientemente ha sucedido algo que ha puesto en cuestión algunas cosas. Junto a otros amigos del movimiento de mi ciudad, me he implicado en la organización de un evento público que me importaba muchísimo. Me invitaron por ello a participar en algunos encuentros de responsables para poder seguir juntos la preparación del mismo. ¡Ha sido una gran sorpresa! La mayor parte del tiempo de esos encuentros no pasaba organizando cosas, sino contándonos cómo y dónde reconocía cada uno la presencia de Jesús en la propia vida o en la de los demás. El “centro”, en definitiva, era ayudarse en esa relación, ¡no la organización! Desgraciadamente, ni siquiera entre nosotros es normal que en el centro de nuestros encuentros esté la relación con Cristo; en cambio, para esas personas es así. Me dije: “¡Entonces todavía es posible hablar de Jesús como se habla de las patatas que nos estamos comiendo en la cena!”. Y así nació el deseo de seguirles. Leo en *Por qué la Iglesia* que para los primeros cristianos quedaba totalmente fuera el carácter étnico de la preferencia de Dios, que la unidad entre ellos se basaba únicamente en el hecho de que había sido Dios quien les había puesto juntos, y de que esta elección coincidía con la adhesión a la fe en Cristo. Leo también que este primer factor tiene también un preciso valor cultural: que la verdad, para la tradición judeo-semítica está representada mucho más por la imagen de la roca (es decir, por la estabilidad y la solidez del testigo) que por la de la luz (la evidencia que yo soy capaz de ver). Había

leído muchas veces estas líneas y, para ser honesto, siempre me habían parecido como una apreciación filosófica que tenía poco que ver con mi realidad. Esta vez, por la experiencia que he vivido, ha sido distinto [¡es la experiencia la que hace que esté viva una palabra leída!]. Me he dado cuenta de que en la decisión de no hacer el trabajo de la Escuela de comunidad (pero también en muchas otras ocasiones) lo que prevalece es mi forma de ver y de sentir, que queda como la última palabra. Poco a poco, con el tiempo, sin que lo haya decidido conscientemente, había ido dejando de ponerme en juego en la relación con amigos que me testimonian a Cristo, privilegiando lo que yo consigo ver y vivir. Creo que en estos últimos tiempos también se ha hecho evidente esto en la cuestión del DDL sobre las uniones civiles y del *Family Day*. “Y esto no es irracional. En efecto, el encuentro con una persona en la que se experimenta como verdadero lo que está comunicando no excluye la actitud crítica, sino que supone una inmanencia de la actitud crítica en todo un contexto viviente del que no se puede separar y del que saca por tanto su auténtico dinamismo. [...] La indicación metodológica que brota en definitiva de la imagen de la roca como imagen de la verdad es la solidez del testigo. [...] Insistimos en observar que ambos métodos no están, por lo tanto, en contradicción: pero uno es más completo que el otro” (p. 120). A la luz de estas palabras y de la experiencia que he contado, me parece que la cuestión va mucho más allá de la decisión de hacer Escuela de comunidad en este grupo o en aquel. Se trata de la verdad de mi relación con Cristo. Lo más bonito de todo esto es que haberme apartado en este punto no ha constituido una objeción para Él. Ha seguido estando a mi lado y, a través de algo que ha empezado con una intención bien distinta (la organización del gesto público al que me he referido), me ha corregido haciendo que me topara de nuevo con el atractivo de su presencia». Hoy somos como unos nómadas en este Babel de la confusión, sin algo estable por que la sociedad es “líquida”, y también nosotros participamos del mismo tipo de liquidez. Entonces la metáfora de la roca nos ofrece algo sólido sobre lo que el hombre puede apoyarse para buscar la verdad: «Cuando se adhiere a alguien que está escuchando, el hombre tiene que apoyar la *totalidad* de su persona en el “tú” del otro. Y, mientras que es muy fácil para uno dudar de sí mismo, es mucho más difícil poner “peros” y condicionantes a una presencia que estimamos y amamos» (p. 119). Por eso la propuesta que nos hace el Misterio para alcanzar la verdad es justamente esta: seguir a un testigo. Pero muchas veces la verdadera dificultad es la sospecha sobre la solidez del testigo. ¿Cómo puedo verificar la solidez del testigo? Porque este problema ya lo tenían todos en el pueblo de Israel frente a los profetas: había profetas verdaderos y falsos profetas. Lo mismo sucede ahora, porque nada se parece más a la verdad que lo que parece tal sin serlo. Entonces, ¿cómo podemos verificar quién es testigo?

*Soy miembro del movimiento desde hace mucho, y vivo la experiencia del movimiento desde hace más de treinta y cinco años, desde los lejanos años de la universidad. En este largo camino –porque, como don Gius primero y tú ahora nos testimoniáis, se trata de un camino– han sido numerosos los momentos de alegría y de gozo vividos dentro de Su compañía humana. Recientemente he tenido ocasión de vivir, y en parte todavía vivo, circunstancias especialmente fuertes a través de las cuales la realidad me ha apretado bastante, a veces casi hasta asfixiarme. He experimentado la oscuridad de la*

*noche, el vivir sin esperanza, es decir, el no-vivir. Pero gracias a los muchos momentos verdaderos e intensos que había vivido con anterioridad, durante las horas oscuras le pedía al Señor que no permitiera que esas circunstancias me apartaran de su mirada, me privaran de su presencia. Le pedía, gritando, que se manifestara, porque no le veía, cuando en realidad el que faltaba era yo. De este modo, poco a poco me fui quedando solo, y las propuestas del movimiento se convertían en un quehacer, a veces costoso. Como dice la Escuela de comunidad, me apoyaba solo en mí mismo, me sustraía a todo lo que la realidad me pedía, porque consideraba esas circunstancias como dolorosas e inmerecidas. Al mismo tiempo, crecía la pretensión de que fuese la compañía la que se hiciese cargo de ellas. Cuando después de la Jornada de apertura de curso del pasado mes de septiembre retomé el trabajo de Escuela de comunidad y acepté el desafío que nos proponías –la verificación en la realidad–, sucedió el milagro: las circunstancias se desvelaron no como algo hostil, sino como el modo con el que Él me hace suyo. La dificultad, a pesar de haber aumentado, ha dejado ya de ser una objeción. Vivo las circunstancias, que hasta entonces había rechazado, con gran libertad y paz interior. Agradecido y seguro de haber sido amado en primer lugar, elegido y querido, aun con todos mis límites y mi fragilidad, renacido, puedo por fin abrazar y amar la cruz.*

Por tanto, ¿qué es lo que te hace descubrir la solidez del testigo?

*La verdad de Su presencia.*

¿Y cómo sabes que es Su presencia? Porque se verifica lo que te propone el testigo. Es lo mismo que sucedía con los profetas: era verdaderos si y cuando se realizaba lo que prometían. Tú has empezado a seguir de nuevo aceptando el desafío que estoy proponiendo. ¿Y qué se ha puesto de manifiesto en ti? Que la verificación en la realidad ha mostrado el milagro, ha mostrado la verdad de lo que se te propone. Si uno no hace esta verificación, nunca podrá juzgar si un testigo es sólido o no. Por tanto, ¿cómo se verifica la verdad del testigo? ¿Cómo, apoyándome en el testimonio de otro, puedo encontrar de nuevo la evidencia que había perdido? Porque las circunstancias «se desvelaron no como algo hostil, sino como el modo con el que Él me hace suyo. La dificultad [...] ha dejado ya de ser una objeción. [...] Vivo las circunstancias [...] con gran libertad y paz interior».

*Sí.*

Esto es, en esto consiste la solidez. No en que yo te tenga que convencer de que soy estupendo como testigo; si soy testigo o no lo verificas tú mismo, que aceptas la propuesta que se te hace y por tanto si aparece ante tus ojos la evidencia de lo que sucede en tu vida. Que es lo mismo que dice Jesús: «Al que me sigue le daré el ciento por uno». Pero con una condición: seguirle a Él. Como con los profetas. No existe otro modo. Y cada uno puede haberlo verificado aceptando una de las opiniones con respecto a si ir o no al *Family Day*: «He seguido muchísimo el debate sobre la ley Cirinnà leyendo y confrontando las distintas opiniones también con mi experiencia de vida. Ya desde hace años sigo mucho los temas relacionados con el género y con las uniones de hecho, uniones homosexuales, derechos humanos, etc. En mi modesta opinión, la aprobación legal del matrimonio homosexual es de una gravedad no menor que la ley sobre el aborto. En tu artículo en el *Corriere della Sera* se ponía de manifiesto qué es lo que te importa: que vayamos hasta el fondo de lo que nos mueve.



Durante el encuentro que hicimos en mi región, surgían dos posiciones: “Es justo oponerse”, o bien “lo único que cambia es un encuentro”. Y yo dije: “No, en mi opinión lo que nos dice Julián es que le importa de verdad que comprendamos cuál es nuestra verdadera necesidad, y cuál es el modo de responder también a lo que nos preocupa de la ley”. Yo fui a Roma. Viajé en autobús, nos comunicamos nuestras experiencias, vi gente estupenda allí, gente educadísima, tuve la impresión de que la mayoría era como yo. Allí, una y otra vez, me confrontaba con todo lo que decía el artículo. Y así se me hizo evidente la veracidad de lo que proponía: solo el encuentro con una persona a la que le importe Cristo, es decir, que haya sido regenerada por Él, resucitada por Él, puede mover al otro en un respeto completo hacia él, es decir, en el respeto a su libertad». No es suficiente con repetir o gritar la verdad porque, como dice don Giussani, «el instrumento [usado por Dios] para facilitar el nexo entre el hombre y la verdad [...] [no es] una visión, sino un abandono [parece “irracional”], un amor [...] [parece “demasiado ingenuo”. Es un] proceso en el que el hombre sigue al testigo de la verdad» (p. 120). Es lo que hace Dios en la naturaleza: el niño se hace mayor a través del testimonio de su padre y de su madre. ¡Es sencillísimo! Pero nosotros nos rebelamos ante esto. Queremos resistirnos a este método de la elección de Dios, porque nos parece que no es lo suficientemente crítico. Y don Giussani dice: «El encuentro con una persona en la que se experimenta como verdadero lo que está comunicando no excluye la actitud crítica, sino que supone una inmanencia de la actitud crítica en todo un contexto viviente del que no puede separarse y del que saca por tanto su auténtico dinamismo» (p. 120). Por eso, si no nos damos cuenta de que solo así podremos descubrir la verdad, terminaremos apoyándonos en una cosa infinitamente menos consistente, y cada uno verificará que si no sigue lo que le ha cautivado en el encuentro cristiano a través del cual el Misterio nos ha alcanzado a todos nosotros no podrá resistir ante la lógica mundana. «Muchas veces los cristianos no tienen casi conciencia alguna de esta fuente auténtica de su valor. No resulta raro encontrarse con quienes buscan claridad, seguridad y motivaciones para obrar, interpretando de modo reductivo su propia comunidad [tomando lo que les parece], movimiento o asociación particular, y privándose así de la fuente unitaria que los alimenta, esto es, el misterio de la Iglesia como tal; o con quienes, al citar a la Iglesia, se refieren a ella como si fuera un superorganismo mecánico que no tiene nada que ver con la realidad que viven» (pp. 128-129). Don Giussani propone el camino: «El modo de aprender qué es la Iglesia toda es ir hasta el fondo de la experiencia eclesial con la que uno se ha encontrado, siempre que esa experiencia tenga características de verdadera eclesialidad [es decir, la conexión con la Iglesia]. Por eso la obediencia a la Iglesia, la dependencia de ella, la integración en ella y el reconocimiento de los demás factores que están presentes en el ámbito de la vida cristiana son aspectos que definen la validez de unirse a esta experiencia. En caso distinto, el motivo por el que se atribuye valor a estar unidos y al mismo reunirse ya no es que el misterio de Cristo se comunica de este modo a la historia y al mundo, sino algo que reduce su alcance». Lo que está en juego en todo este asunto es esto precisamente: si nuestro estar unidos tiene como motivo el misterio de Cristo, es decir, amigos, dónde ponemos nuestra esperanza, también para sostener la familia. No es que esto nos haga ignorar la realidad concreta. Por el contrario, ¡precisamente por esto

gritamos a todo el mundo que nosotros esperamos en Cristo resucitado! Y esto se comunica en cualquier ambiente «a través de un grupo de cristianos auténticamente conscientes de su pertenencia a la misma Iglesia» (p. 129). Partiendo de aquí podremos además darnos el tiempo necesario –esta noche no puedo alargarme– para entender incluso todos los aspectos particulares del contenido de lo que esté presente en las conversaciones de todos en estos tiempos. Será necesario tener paciencia para darnos el tiempo necesario, sin rigideces, sin crear muros, escuchándonos mutuamente, siguiendo lo que se nos propone; entonces, quizá, empezaremos a entender mejor, y todo lo que estamos viviendo se convertirá en una ocasión de crecimiento y de maduración para cada uno de nosotros. Para ayudarnos en este camino os propongo leer el segundo capítulo de *La bellezza disarmata* («Verdad y libertad: un ejemplo paradigmático», pp. 32-55), en donde he tratado de explicar que nos hallamos en un contexto completamente distinto, de cambio de mentalidad, y que nos cuesta entender esto. Como decía antes, en 1968 Giussani intuyó enseguida que lo que estaba sucediendo era algo completamente nuevo, y estaba abierto a revisar todo el discurso. A nosotros nos cuesta todavía comprender lo que sucedió en el 68, imaginaos ahora que se está derrumbando todo y nos hallamos ante cambios históricos que nadie habría podido prever hace tan solo algunos años. Por eso nos cuesta encontrar el modo de estar presentes en un mundo plural en el que, como dice el Papa, los cristianos no somos los únicos que ofrecemos una cultura o una visión de la realidad, sino que somos un actor entre otros muchos. La verdad no se puede imponer, pero se debe proponer a través de un camino de convicción, como decía Benedicto XVI: una forma de estar en la realidad que no vaya contra la libertad. Esta noche os pongo algunos ejemplos para ayudarnos a entender, más adelante prepararemos un texto más completo que publicaremos en *Tracce*. Primer ejemplo: el referéndum italiano sobre el divorcio. Giussani tenía un juicio claro sobre la utilidad del instrumento del referéndum para defender públicamente a la familia; el movimiento se implicó en la campaña contra la legalización del divorcio por obediencia a la autoridad eclesiástica, pero «por su parte, [...] CL no estaba plenamente de acuerdo en la utilidad de una iniciativa semejante en aquellas circunstancias» (L. Giussani, *El movimiento de Comunión y Liberación (1954-1986)*, op. cit., p. 134). Podemos considerar que ciertas iniciativas no son útiles en determinadas circunstancias. No es que Giussani se hubiera vuelto un relativista o un laicista que ponía en duda la defensa pública del matrimonio y mucho menos la doctrina de la Iglesia sobre él. El suyo era un juicio histórico. Ahora que los obispos nos dan la oportunidad de actuar como laicos, ¿podemos ser libres para decidir como laicos? Giussani fue contrario al instrumento referendario no porque fuera un relativista, sino sencillamente porque había comprendido antes que cualquiera lo que estaba sucediendo. Después de la derrota en el referéndum sobre la ley del divorcio, Aldo Moro dijo a la gente de su partido: «Sectores de opinión pública [...] son ahora más claros a la hora de pedir que no se imponga nada mediante el instrumento de la ley, de la autoridad del poder, al modo común de concebir y de regular, en algunos puntos sensibles, las relaciones humanas. No podemos dejar de tener en cuenta esta circunstancia, porque afecta ahora de forma profunda a la vida democrática de nuestro país, aconsejando a veces realizar la defensa de principios y de valores cristianos al margen de las instituciones y de las leyes, es decir, en el tejido

vivo, abierto y disponible de nuestra vida social» (Discurso del 19 de julio de 1974 pronunciado al día siguiente del referéndum sobre el divorcio durante la intervención en el Consejo Nacional de la DC. Véase A. Moro, *Scritti e Discorsi* (a cargo de G. Rossini), vol. VI (1974-1978), Cinque Lune, Roma 1990, p. 3155). No hay mucha diferencia con don Giussani: «En una sociedad como esta [como la nuestra] no se puede crear algo nuevo si no es con la vida: no hay estructura ni organización o iniciativa que se sostengan. Solamente una vida nueva y diferente puede revolucionar estructuras, iniciativas, relaciones, todo» («Movimento, “regola” di libertà», a cura di O. Grassi, *Litterae communionis-CL*, noviembre 1978, p. 44). Por eso, en el contexto de la Iglesia antigua, un san Agustín, por poner solo un ejemplo, comprendía la diferencia que había entre la ley civil (que tiene como objetivo la convivencia) y la moral. Y el hecho de que la ley civil no refleje plenamente la moral cristiana no quiere decir que entonces no valga: «La ley que se aprueba con el fin de guiar la convivencia entre los hombres permite que se queden sin castigar muchas cosas que en cambio son castigadas por la providencia divina. Pero él no condena las leyes de los hombres por el hecho de que no pone todo en su sitio» (cf. san Agustín en M. Borghesi, *Critica della teologia politica. Da Agostino a Peterson: la fine dell'era costantiniana*, Marietti, Génova 2013, p. 301). El cardenal Georges Cottier, durante muchos años teólogo de la Casa Pontificia, dice: «Los primeros legisladores cristianos [...] no abrogaron enseguida las leyes romanas tolerantes hacia prácticas no conformes [...] [a la moral de la Iglesia porque] la Iglesia siempre ha considerado como lejana y peligrosa la ilusión de eliminar totalmente el mal de la historia por vía legal» (G. Cottier, «La politica, la morale e il peccato originale», en M. Borghesi, *Critica della teologia politica. Da Agostino a Peterson: la fine dell'era costantiniana*, op. cit., pp. 302-303). Termino con otro apunte. En estas semanas, uno de los textos más citados en las discusiones han sido las *Consideraciones sobre los proyectos de reconocimiento legal de las uniones entre personas homosexuales* de la Congregación para la Doctrina de la fe de 2003, que afirma: «Ante el reconocimiento legal de las uniones homosexuales, o la equiparación legal de estas al matrimonio con acceso a los derechos propios del mismo», es necesario oponerse. Como veis, distingue las dos cosas y condena ambas: las uniones civiles y la equiparación con el matrimonio. En 2007 se produjo la discusión sobre los DICO, que todos recordáis, y en aquella época toda la Iglesia italiana era contraria a las uniones civiles. Ahora estamos en 2016 y casi todos aceptarían las uniones civiles homosexuales, con tal de que estén separadas de la adopción y no sean equiparadas al matrimonio. ¿Es porque la Iglesia italiana se ha vuelto de repente relativista o porque hoy las uniones civiles, para asegurar la convivencia, necesitan dar espacio y reconocimiento a personas que piensan de forma distinta con respecto a la moral natural o católica? Esto no quiere decir que no tengamos todo el espacio para testimoniar la belleza de la familia tal como Dios la ha querido creándonos hombre y mujer. Entonces, amigos, debemos darnos el tiempo necesario para darnos cuenta de lo que está sucediendo. Es un cambio radical de tal calibre que, si no nos ayudamos a comprenderlo, facilitamos que se desencadenen discusiones no concluyentes en vez de un diálogo que nos permita encontrar nuestro sitio, nuestra tarea: qué es lo que tenemos para proponer y para vivir, para comunicar a nuestros amigos justamente por lo que somos, es decir, una realidad en la vida de la Iglesia, porque

somos Iglesia. La Escuela de comunidad de este periodo nos ayuda a entenderlo. Además del texto de *La bellezza disarmata* (páginas 32 a 55) que os indicaba antes, podéis leer también la parte de la lección del sábado por la mañana de los Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación de 2014 (desde la página 22 a la 34 del cuadernillo «*Prosigo mi carrera para alcanzarlo*», supl. de *Huellas-Litterae communionis*, n. 5/2014), en donde ya había hecho una exposición sobre las correcciones que nos había hecho don Giussani sobre nuestro modo de ser una realidad sociológicamente identificable. Y todavía no hemos entendido.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 16 de marzo a las 21 horas. Continuamos el trabajo sobre el texto de Giussani *Por qué la Iglesia*, retomando el capítulo sobre «Los tres factores constitutivos», «2. La comunidad invadida por una “Fuerza de lo alto”», de la página 129 a la 140.

El tiempo de Cuaresma que acaba de comenzar nos debe interrogar a todos sobre por qué la Iglesia nos propone cada año este tiempo: es la ocasión propicia para profundizar en el camino que nos ha propuesto el Papa con el Jubileo de la Misericordia. ¿Qué nos pide que cambiemos con respecto a todo lo que hemos dicho? ¿Cuál es nuestra necesidad? ¿Qué nos llama a cambiar la Escuela de comunidad?

Como ya sabéis, con la revista Huellas de febrero se adjunta el DVD con la lección de don Giussani Reconocer a Cristo.

Os recuerdo que los Ejercicios de la Fraternidad tendrán lugar en Rímini del 29 de abril al 1 de mayo. Las inscripciones vía internet se abrirán el 18 de marzo y concluirán el 5 de abril. Verificad cuanto antes vuestra contraseña de acceso al sitio.

Por último, os señalo la iniciativa promovida por el Corriere della Sera de publicar semanalmente diez libros de don Giussani, que se venden junto con el periódico. El primero –que saldrá el 20 de febrero– será *El sentido religioso*, con una presentación de Antonio Polito escrita con este motivo.

*Veni Sancte Spiritus*